

NACER AL AMOR DESDE EL ENCUENTRO

P. Sergio
Montes Rondón, SJ*

Una de las labores más delicadas en la vida cristiana, es acompañar los procesos e itinerarios formativos de quienes se inician en esta vida o responden a un llamado específico dentro de la misma, como puede ser, la Vida Religiosa. No se trata por tanto, de transmitir únicamente una serie de conocimientos, contenidos o indicar qué experiencias hacer; lo más importante de esta tarea es, ser testigos de la acción del Espíritu en la vida de cada persona a quien se acompaña, sabiendo que, quien en definitiva guía el proceso es el mismo que dio origen a esa vida y vocación.

Por ello, el título elegido a la hora de hablar de la Espiritualidad Trinitaria en los itinerarios formativos está refiriéndose, al acompañamiento que debe darse a la persona que elige y es elegida, para participar de la Vida Religiosa: hay que ayudarle a nacer al Amor que lo configura todo, desde la acción del Dios Uno y Trino que dinamiza todo ese proceso desde su raíz hasta su fruto. Además se pone un acento específico en ese nacer al amor: implica encuentros que permitan la generación de vida.

* Jesuita, actualmente reside en La Paz. Es superior de la comunidad san Calixto y director de la Agencia de Noticias Fides (ANF). Colabora con la Comunidad de Vida Cristiana (CVX) como asistente eclesialístico nacional. Participa del ETAP desde noviembre de 2009; durante este período acompañó a la Comisión de Nuevas Generaciones de la CLAR.

Dicho con otras palabras, quien ingresa a la Vida Religiosa es introducido a la misma por quien puede ser capaz de generar vida en un itinerario, que representa un conjunto de encuentros que irán armonizando y configurando a la/el religiosa/o, para que pueda dar frutos de amor, tal como sucede en el misterio trinitario que configura toda la vida cristiana.

El inicio del itinerario formativo en la Vida Religiosa ha de estar marcado por la experiencia de fe creyente: el Amor de Dios para con nosotras/os. Dice 1 Jn 4, 19: *“El nos amó primero”*.

Desde nuestra fe cristiana hay una experiencia primera y fundante: El Dios manifestado en Jesús por la acción del Espíritu Santo nos amó (y nos ama) como un acto constitutivo de nuestro ser, porque Dios es Amor (1Jn 4, 8) y su modo de comunicarse, de darse, de crear, de sanar, de perdonar, de dar vida es desde el amor.

Esta experiencia que es fundamental, en realidad se va realizando en nuestra vida poco a poco; con aciertos y desaciertos, aceptando y negando, con fidelidades e incoherencias, pero debe irse integrando en lo profundo de

nuestros ser. La clave del inicio en la Vida Religiosa (y de toda vida cristiana que quiera seguir el itinerario de fe en Jesucristo hasta configurarse con él) está en la creencia cierta y la experiencia vivida de que el Amor de Dios nos precede y acompaña, nos alienta y perdona, nos crea y recrea.

Ahora bien, quien nos acerca a esa vivencia es Jesús: encarnado, muerto y resucitado por Amor. Por ello nuestro acceso al Amor del Padre está mediado por la proximidad al Hijo, quien es camino al Padre. Para la Vida Religiosa, el itinerario formativo implica una entrega de vida que se va dando al modo de Jesús, desde la encarnación del carisma (dinamizado por el Espíritu) y que lleva a perderse (a morir, a abnegarse) para encontrar la vida verdadera y renacer a ella como nueva criatura para ofrecerse a los demás.

La Palabra de Dios nos dice: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Jn 3, 16). La entrega de Jesús, es modelo de la misma entrega generosa que debe configurar la Vida Religiosa y eso se va despertando desde la

experiencia de nacer al Amor, encarnarlo en sí mismo, para ser generador de vida para los demás.

El misterio de la Encarnación, del encuentro en la carne de lo humano-divino, inaugura para toda la humanidad el itinerario que le permita conocer a Dios, participando de la vida, muerte y resurrección en Cristo. Jesús nos introduce en la experiencia de la comunión Trinitaria. Y esa realidad nace, crece y se realiza desde el amor.

La Vida Religiosa, por tanto, no puede darse desencarnada de la realidad en la que el Señor Jesús quiso participar uniendo lo humano y lo divino. Por la integración de nuestra vida con la de Jesús, es posible que se pueda mostrar un nuevo rostro de humanidad y ésta es una misión clave en la Vida Religiosa, es una suerte de acción profética: parecemos a Cristo es para mostrar que la humanidad debe parecerse a Él, que por nosotras/os murió y resucitó para que amemos a Dios. Un vida cristiana sin Cristo, lo mismo que una Vida Religiosa sin Él es absurda, por ello, los procesos formativos tienen como principal tarea configurar a la persona con Jesús, desde donde todo se relaciona como centro.

El Espíritu Santo obra un nuevo nacimiento. En el diálogo de Jesús con Nicodemo se nos muestra cómo el nacimiento en la carne, es la base sustancial para el nuevo nacimiento en el agua y el Espíritu (Jn. 3, 1ss). Por la encarnación, Jesús, inicia el camino que conduce al Padre y éste implica un nuevo nacimiento, obrado por el Espíritu, a la Vida en Dios.

El Espíritu habita en nosotras/os y por ello actúa para guiarnos a la comunión plena con Dios (2 Tim. 1, 14; 1 Cor 3, 16).

¿La formación que realizamos, asume estos ejes fundamentales de la comunidad Trinitaria como principio y fundamento de todo lo que la/el religiosa/o, debe llegar a asumir en su propia vida? No es una simple declaración de principios teológicos o de fe, es precisamente la descripción del itinerario que se inaugura en nuestro bautismo y que se despliega concretamente en la opción de vida, desde la consagración de nuestras vidas. Olvidar el dinamismo de la comunidad Trinitaria y cómo ésta debe formarse en nosotras/os y en nuestras comunidades, no es más que una acción irresponsable y suicida, pues mata la vida verdadera que el Señor nos invita a vivir.

Todos los planes: programas, acciones, experiencias, conversaciones, retiros, acciones pastorales, deben estar orientadas a acompañar los procesos personales de las personas en la Vida Religiosa, para colaborar en la generación de esa nueva vida que en Cristo se inaugura desde el llamado a este estilo de vida. Que el Amor del Padre, la liberación/salvación del Hijo y la comunicación de Vida del Espíritu, sea la experiencia/vivencia de todo bautizado y religiosa/o, ya que, es lo que da sentido y significado a esto que llamamos Vida Religiosa. No podemos perder esa perspectiva. Eso significa que para que la vida trinitaria nazca y crezca en nosotras y nosotros, precisamos vivir encuentros de diversa índole, articulados e integrados en el encuentro con Dios, en nuestro itinerario de vida; sin aquello, no habrá nada, sólo expresiones religiosas que revisten la ausencia de Dios en la vida.

Del encuentro a la comunión

El itinerario cristiano de comunión en la Comunidad Trinitaria, que surge del encuentro, se va dando en cada una/o y en la comunidad, desde la configuración con Cristo. Los procesos formativos deben partir de este objetivo, que conduzca

al horizonte de la plenitud de vida: la Comunión en Dios.

Los encuentros

La Humanidad tiene la posibilidad de encontrarse con Dios desde la creación, hay un encuentro de amistad que permite cercanía de vida con Él, pero tal como nos enseña la historia de la salvación, ésta se rompe con el pecado. El Dios amigo de la humanidad siente la necesidad de generar una nueva vida, un reencuentro con su creación, pero la humanidad vive diversas historias de lejanía, de autosuficiencia, de negación. El Dios amante de la humanidad no cesa en su esfuerzo de acercarse a ella por diversos caminos, de distintas maneras y a través de diferentes personas.

Dios sigue recreando y ofrece la posibilidad de un encuentro reconciliador. La Humanidad se encuentra nuevamente con Dios en lo Humano-divinidad de Jesucristo. La encarnación es por consiguiente el acontecimiento que genera nuevos encuentros entre Dios y la creación entera.

¿Cómo acompañamos la experiencia de encuentros y desencuentros de la persona con Dios?
¿Es parte de nuestra visión en el

proceso formativo? ¿Damos por hecho el encuentro con Dios en las experiencias de vida de la/el religiosa/o? ¿Qué han despertado esos encuentros y cómo los procesa, integra y realiza en su vida cotidiana? ¿Cada día es vivido como un encuentro generador de vida en lo que se dice, piensa, hace o sólo funciona en los “espacios sagrados” mientras que en la vida cotidiana, poco o nada significan?

En el itinerario vocacional, cristiano y de Vida Religiosa, lo que se debe propiciar es el *encuentro personal con Cristo*, que permite conocerlo, amarlo y seguirlo, para llegar a, que Cristo viva en uno (Gal. 2, 20). Cristo inaugura nuestra relación con la Trinidad, como ya apreciamos antes pero ¿en la/el joven religiosa/o hay sed por ser otro Cristo, hay deseo de que Él, sea quien la/lo introduzca a la plenitud de vida trinitaria? No se trata de especulación teológica, es la clave fundamental de nuestra vida cristiana: reproducir en nosotras/os la imagen de Dios, mujeres y hombres plenos que comunican vida porque los encuentros que viven son oportunidad de amar y no obstáculos a superar.

El itinerario formativo debe ayudar a generar encuentros, con

Dios, con la humanidad, con la naturaleza, con nosotras/os mismas/os. La CLAR nos propone el icono de la anunciación-visitación como proyecto de encuentros generadores de Vida.

En medio de los encuentros se dan también desencuentros y negaciones, ¿será posible inscribirlos en un proceso más amplio y menos pretencioso, para que la VR revista otras formas actuales? Es necesario acompañar encuentros provocadores y “probatorios”. Al amor se lo encuentra en la realidad y los modelos de Vida Religiosa deben responder a ella, no huirles. Las distintas experiencias de formación, si están cimentadas sobre la base de la experiencia de encuentro con Cristo, seguirán su dinámica de lo humano-divino, con la ayuda de su gracia. Por ello, es preciso revisar las formas y las estructuras desde las que se quiere generar encuentros de vida, pues si la matan, no sirven.

Es importante aprender a narrar nuestros encuentros, construir historias que nos permitan acercarnos a los misterios de la Vida en Dios, decirnos y construir nuestra historia de encuentro con Dios, ahí está la forma en la que crece la experiencia.

Un encuentro supone apertura y horizontalidad no obstante la diferencia de historias y vivencia, esto tiene que ver con el acompañamiento que implican los itinerarios formativos. En el camino del encuentro con Dios, todos somos discípulos, todos somos testigos.

Relaciones: acogida, aceptación, amor

Los encuentros desatan universos relacionales, que constituyen la manera de vivir en la Trinidad y en la que se realizan las personas. Es por ello por lo que en el itinerario formativo es tan importante, es el conjunto de relaciones, vividas en gratuidad y libertad, ayuda a configurar a la persona en alguien mejor para sí y para los demás.

Nuestro encuentro con Cristo y por Él con el misterio Trinitario de comunidad de Amor y Vida, nos plantea el cómo continuar ese encuentro: *la relacionalidad*; las relaciones son las que nos constituyen, construyen y complementan. Somos en tanto y en cuanto nos relacionamos.

En el itinerario formativo de hacernos personas humanas y religiosas/os, la clave está en la construcción de relaciones sanas

y sanadoras, surgidas de la reconciliación y la justicia.

Nuestra guía es la comunidad Trinitaria, tres personas distintas, un solo Dios. No se confunden ni separan pero poseen un carácter individualizante, cohesionadas desde el Amor, comparten la Vida que cada una genera en la otra. ¿Nuestra cercanía con las personas, las respeta en su diferencia, las acepta en su singularidad y las acoge como un don? Es sospechoso que una religiosa/o sea incapaz de generar relaciones sanas con todo tipo de personas, pues querrá decir, que no vive desde ahí su humanidad y tiene aspectos que trabajar y redefinir en su condición humana, que le permita la vivencia religiosa.

El Espíritu de Dios es nuestro Maestro en la relacionalidad; del modo como el Espíritu se relaciona: creando, dando paz, animando, redimiendo, sosteniendo, amando, etc. es como aprendemos a relacionarnos nosotras/os; ¿cómo aprender eso?, en cercanía y relación con Él, que no es una idea, un ente abstracto, es Alguien, más íntimo a nosotras/os que nosotras/os mismas/os. El Espíritu nos habita y se mueve en nuestra humanidad ¿sabemos

conectar y comunicarnos con Él? Si eso no lo aprendemos, todo lo demás en la Vida Religiosa sobra.

La VR debe ayudar a la humanidad en su conjunto a vivir desde relaciones sanas y sanadoras, a imagen de la Trinidad, porque se va configurando con Cristo. Eso implica una multidimensionalidad de nuestras relaciones: con Dios, con la naturaleza, con las/os otras/os y con nosotras/os mismas/os, de las que tenemos que ser capaces, por exigencia de nuestra vocación bautismal y religiosa. No es posible hoy, religiosos sin sensibilidad y relaciones armónicas con la naturaleza y los demás, pues muchas veces éstas son las que nos abren hacia el encuentro con Dios y la aceptación de nosotras/os mismas/os.

La *Laudato Si* insiste en la crisis actual de las relaciones y el sistema (eco-social), los procesos formativos tienen que tomarse en serio lo que ahí se expresa, pues nos jugamos el futuro mismo de la humanidad y la VR tendría que ser un signo profético frente a la crisis de humanidad y civilización.

En las múltiples dimensiones de la relacionalidad es preciso aprender a acoger, aceptar y amar, sabiendo que en el camino del Amor todas/os somos discípulas/os, de Aquél que nos amó primero.

La identidad se configura en la relación con la/el otra/o y el Amor lleva a la comunión de Vida. Contemplar a Cristo en la realidad nos lleva a contemplar a la Trinidad y descubrir que somos contempladas/os por ella.

Por otra parte, en las relaciones humanas siempre hay conflicto, no hay que temerle, sino aprender a resolverlo. Los silencios cómplices o ausentes ante conflictos y problemas de la comunidad, delatan la poca capacidad humana de relación y el poco compromiso asumido vivencialmente para ser parte y sostener a la comunidad.

Hay una base común en la VR para las relaciones: la fe en Dios Trinidad. Esa imagen hay que ayudar a descubrirla en quien desea ser parte de la Vida en común.

Nuestro horizonte: la Comunión en Dios

A lo que todo cristiano apunta es a la vida de comunión en Dios, ese también, es el anhelo que sostiene y anima a la/el religiosa/o desde su vivencia específica de la fe en Cristo. Pero hay más, debe ser ya un signo para el mundo y la Iglesia de esa comunión, desde la relacionalidad comunitaria que realiza en su vida y acciones.

Como Vida Religiosa podemos acompañar a la humanidad a descubrir sentidos en la Vida, enseñar valores que nacen de nuestra fe, mostrar cómo se puede Amar de verdad y sobre todo acompañar en el camino hacia la plenitud de la felicidad: Vivir en Dios.

Para eso es preciso ser itinerantes y seguir itinerarios. El itinerario cristiano de Rom 6-8 tiene como horizonte la plenitud de Vida en Dios: hasta que Él sea todo en todos (1 Cor 15, 28). La comunión que anhelamos ya la realizamos en la historia. Desde el encuentro y la relacionalidad nos incorporamos al misterio de Comunión en Dios.

La VR debe profundizar en la vida con Dios para ofrecerla como

experiencia de vida a la humanidad, desde su propia humanidad, no alejada de ella. Por ello, como cierre del artículo propongo algunos puntos que deben ser elementos a discernir en los itinerarios formativos de cara a una VR nueva:

- a. *Humanidad y espiritualidad.* Sin mundanidad ni pietismos, sin dualidad ni bipolaridades. La integración de lo humano espiritual es lo que da hondura y calidad a la vivencia de la vocación, desde el carisma específico.
- b. *Experiencia de fe, con igual hondura.* No es un simple conocimiento catequético sino la profundización de los contenidos de fe y la vivencia de esa fe en lo cotidiano de la vida, no desde espacios o tiempos separados, desintegrados o alejados de lo que toca hacer cada día.
- c. *Culturas y tecnología.* Atendiendo a un nuevo paradigma y cultura tecnológica, con sus ambigüedades y claroscuros, pero también, como espacio y tiempo donde recrear la relación con Dios, el medio ambiente y los demás.
- d. *Relaciones.* Tarea siempre pendiente en la VR, pues es un

- aspecto muy conflictivo en la vida de las comunidades ¿Queremos acompañar la formación de gente enrarecida, poco sana, humana y religiosamente o buscamos que descubran con alegría la belleza y bondad de su humanidad, en relación de amor con Dios y la creación?
- e. *Acompañamiento individual y no masivo.* La personalización de los itinerarios y procesos formativos es fundamental hoy. Otros esquemas pudieron dar resultado en el pasado; hoy no sirven más y la “maestra”, el “maestro”, es quien debe poder diseñar y trazar hojas de ruta acordes a cada situación personal. Lo masivo terminará por matar la calidad de Vida Religiosa y eso implica caer en cuenta de que la VR no es para muchos.
 - f. *Transparencia y gratuidad.* De ambas partes, de quien acompaña y de quien es acompañado. No pueden darse submundos, máscaras de buen cumplimiento y ningún compromiso vital, como tampoco, ocultamientos o verdades a medias. La Vida Religiosa debe ser expuesta y comunicada desde la realidad y el deseo, no desde idealidades inexistentes.
 - g. *Capacidad de libertad, compromiso y abnegación.* Libres para amar, sin miedos pero con la confianza puesta en Dios y no en las propias capacidades, reconociendo nuestros límites que permitan que Dios sea el centro de nuestra vida, lo que implica aprender a morir a nuestro yo egoísta.
 - h. *Institucionalidad en relación a las personas humanas, no a la inversa.* Las estructuras, los modelos, las formas institucionales son medios, no fines en sí mismos. En un modelo formativo personalizado lo que se busca es, un diálogo entre la persona como individuo y la comunidad como colectivo institucional, pero siempre apostando por la vida de Dios en la personas. Algunas estructuras en la VR ya están caducas y no deberían seguir imponiéndose a las Nuevas Generaciones.
 - i. *Deseos, desde el amor y el servicio.* Aprender a cultivarlos y a expresarlos pues muestran lo que habita nuestra intimidad. El deseo, orientado hacia el bien en Dios, dinamiza nuestra capacidad de entrega y servicio.
 - j. *Sensibilidad.* La VR precisa de personas que tengan la sensibilidad de Cristo, no la apatía de los satisfechos o la indolencia

de los que se creen superiores.
Gente apasionada que sabe
sentir con los demás, compasi-
va y tierna, fuerte y decidida.